

neras el debía seguir su carrera portentosa y ser aquello que dice el mismo en su poema «Transformación»:

Yo fui coral primero,
después hermosa piedra.
Después fui de los bosques
verde y colgante yedra.

Después yo fui manzana,
lirio de la campiña;
labios de niña.
Una alondra cantando en la mañana.

Y ahora soy un alma
que canta como canta una palma
de luz de Dios al viento.

<https://doi.org/10.29393/At242-243-130RTDI10130>

RECUERDOS DE TREINTA AÑOS.

Zig-Zag, ha vuelto a editar este libro de José Zapiola que tiene un curioso interés de evocación. Zapiola era un músico y a él se le deben los acordes vibrantes del himno de Yungay, pero, como vemos en estas páginas, sentía cierto atractivo por las letras y aunque no se puede decir que en ellas pudo triunfar pues su libro no ostenta galas literarias de ninguna especie, cabe anotar no obstante, que como cronista de su época tuvo felices aciertos para describir escenas y costumbres de marcado sabor de la tierra y del ambiente que reinaba en esos días.

En el libro de Zapiola vemos con curioso relieve al Santiago de comienzos del siglo pasado. El relato se inicia cuando todavía estábamos en el régimen colonial. Una rápida silueta del Presidente García Carrasco cogida al pasar, en los momentos que acaricia a un niño, nos da una idea totalmente distinta de la que nos proporciona la historia que sólo se refiere al personaje

en su actuación frente a los acontecimientos en que le tocó intervenir y que por cierto fueron bastante adversos a nuestro sentimiento patriótico.

Con gran sencillez en forma que llega casi a dar la sensación de una despreocupada conversación, pero con gracia y buen humor Zapiola nos refiere detalles de la vida santiaguina, con su tremenda pobreza y desaseo, tales como el de ese burro que se quiebra una pata frente a la casa de un gran señorón y allí permanece hasta que se muere y se pudre en medio del barro. Conocemos al terrible San Bruno en otro aspecto, pues en el relato de Zapiola se nos presenta como un hombre rubio de simpático aspecto que entra a conversar con un pariente del autor en una casa de la calle de Santo Domingo. Y la silueta de aquel terrible padre, profesor de un colegio que daba tan espantosas azotainas a sus alumnos cuyos gritos se oían a tres cuadras de distancia.

Cuenta también Zapiola en estas memorias algunos detalles de su vida de músico en los que entran un viaje a Buenos Aires, a donde se marchó buscando el amparo de su padre un señorón que no lo reconoce por hijo, infiriéndole así una grave ofensa que agrió su carácter y le hizo asumir una actitud hostil con la gente de la alta clase social. Aunque por su calidad literaria estas memorias no se pueden parangonar con los «*Recuerdos del Pasado*» de Pérez Rosales, el libro de Zapiola viene a completar la visión de una época en que la sociedad chilena seguía manteniendo los mismos prejuicios y costumbres coloniales. Son páginas que tendrán un permanente interés como documento vívido de una realidad que cada vez se va borrando más y más, entre las apretadas sombras del pasado.

JOSÉ SANTOS OSSA.

«*Perfiles de un conquistador*», es el subtítulo que Julio Iglesias, ha puesto a su biografía de don José Santos Ossa, ese hombre de increíble pujanza para enfrentarse con las más duras